

PREFACIO

Casi quince años —los que Tácito llamó *grande mortalis aevi spatium*— han pasado desde que el autor de estas páginas contrajo el compromiso de editar los *Opera minora* del historiador para la colección Alma Mater. Por ello le cumple iniciarlas agradeciendo a los responsables de la misma, y en particular a su entonces director, el profesor Francisco Rodríguez Adrados, la confianza que le demostraron en su día al suscribirlo y no menos la paciencia que han tenido hasta verlo cumplido.

Las llamadas *Obras menores* de Tácito lo son, ciertamente, por sus dimensiones, y sobre todo comparadas con lo que en su momento fueron sus *Historias* y sus *Anales*. Sin embargo, y aunque por conceptos diversos, las tres tienen un cierto carácter de únicas. Así, el *Agrícola* parece ser la sola muestra conservada de un género literario romano en su día novedoso, el de la biografía histórica, que debió de tener más nutrida representación en su tiempo, pero que, al parecer, acabó ahogado por la censura y la represión reinantes en buena parte del primer siglo del Imperio. También tiene lo suyo de singular la *Germania*, en cuanto que único testimonio latino conocido de monografía etnográfica, al parecer también más prolífica en sus días de lo que los azares de la tradición nos permiten ver (por no hablar ahora del inevitable interés que presenta su ominoso *Fortleben* en la primera mitad del siglo xx). En fin, la unicidad del *Diálogo sobre los oradores* se deja ver, cuando menos, en lo singular de su asunto y de su estilo, que ha mantenido abierta hasta nuestros propios días la cuestión de su paternidad. Las tres obras se publican aquí en el orden consagrado

PREFACIO

por la práctica editorial, lo que, como se verá, no significa que el editor comparta la opinión más o menos tradicional que da a ese orden un valor cronológico.

Quede claro, por lo que respecta a los textos latinos y a los aparatos que los acompañan, que este volumen no pretende ofrecer una edición crítica en los términos estrictos que al efecto establecen las *normas* de esta colección, sino que se acoge a la más modesta categoría del «texto revisado». Y así el lector se percatará de inmediato de que en ellos no se proponen lecturas que no hayan sido ya adoptadas por los auténticos editores críticos que en cada caso se citan, procurando, eso sí, *suum cuique tribuere*.

Sale, al fin, «hacia la luz y hacia la vida», este *libellus*, cuyo autor se ha sentido a veces tentado de compartir la inquietud que Horacio (*Ep.* I 20) manifestaba al primero de sus *Epístolas*, al cual veía ansioso por emprender el azaroso camino de las librerías; pero en este caso mediaba un compromiso de honor, con cuyo cumplimiento el autor también ha querido coronar, de la modesta manera que podía, medio siglo de dedicación a la Filología Latina, y buena parte de él al estudio y a la traducción de Tácito; tarea esta última que sí viene a completarse con este *extremus labor*.

En el capítulo de otros agradecimientos exigen un primer lugar los que el autor debe a sus amigos alemanes de la Kommission für Alte Geschichte und Epigraphik de Múnich (a su director, el profesor Christof Schüller, a su secretaria la doctora Ursula Vedder, a su bibliotecaria Fr. Regina Gruber y a su joven *Mitarbeiter* el doctor Andreas Eder), así como a los de la Alexander von Humboldt-Stiftung, sin cuya generosa hospitalidad y ayuda no hubieran podido escribirse muchas de estas páginas, en los *edita doctrina sapientum templa serena* que la capital de Baviera tiene siempre abiertos a todos los estudiosos de la Antigüedad.

Asimismo, el autor está en especial deuda con el Real Colegio Complutense en Harvard University, con su director el profesor José Manuel Martínez Sierra y con el Department of the Classics de dicha Universidad (en particular, con su viejo amigo y *sponsor* el profesor

Jan Ziolkowski, así como con Teresa Wu y Alyson Lynch, de su servicial *staff*), que lo acogieron como *visiting scholar* en el pasado otoño, cuando los árboles de Nueva Inglaterra se teñían de amarillo, de naranja y grana. En esos meses, acompañado por Beatriz y por el recuerdo allí presente de su hermano Serafín, pudo dar el postrer *labor limae* a este volumen.

En fin, también demanda un recuerdo nuestra cordial *pandilla de Cambridge*—Teresa Márquez, Mary Gaylord, Luis Girón, el ya citado José Manuel Martínez, Victoria Alsina, Francisco Prado, Zoa Alonso y Carlos Domínguez—, que en aquellos días nos arropó con su amistad inolvidable.

Como es sabido, esta colección exige que sus originales sean revisados por un experto reconocido. Al profesor Francisco Socas, que en este caso ha llevado a cabo ese *in arto et inglorius labor*, deben estas páginas muchas mejoras dignas de agradecimiento.

J. L. MORALEJO
Cortegada, Pascua de 2016